



Seix Barral Biblioteca Breve

Suso de Toro

Trece campanadas

Traducción del gallego por
Dolores Vilavedra y Ana Belén Fortes

ÍNDICE

- 7** Aunque parezca padre...
- 9** TRECE CAMPANADAS
- 13** INTROITUS
- 149** AGNUS DEI
- 355** LIBERA ME
- 383** ANEXOS
- 395** El editor de esta novela...

Aunque parezca padre, soy padrastro pues mi papel en este libro es el de editor, ya que la autora no ha querido figurar como tal. Los motivos los desconozco, las relaciones entre un autor y su obra son ambiguas y mágicas, fantasmagóricas. Un día recibí por correo un disquete que contenía el libro, *Trece campanadas*, con una nota manuscrita firmada con el nombre Celia en la que la autora me pedía que lo publicase con mi nombre; ella renunciaba a la autoría y a sus derechos, sin embargo quería verlo editado.

Lo hice, acepté ese papel de médium, he aquí este libro extraño. Un libro hecho con el estilo de su narradora y con las mañas de una novelista contemporánea, lo que le permite incorporar materiales diversos para construir una historia. Siendo una obra corriente en su forma, esta historia extraordinaria que la autora localiza en mi ciudad ha calado en mi ánimo y desde que la leí he querido que fuese editada.

Naturalmente que he hecho averiguaciones acerca de la autora. Partiendo de lo que ella cuenta de sí misma hice algunas preguntas y creo saber de quién se trata. Pero prefiero respetar la voluntad de la autora y, por otra parte, este carácter anónimo casa bien con la magia del relato; de todo relato misterioso. Así pues, sólo queda el

libro ante quien lo lea. Y acaso debiera hacer así siempre el autor, entregar su historia y desaparecer luego.

Yo no soy quién para afirmar si lo que se cuenta es una pura invención nacida de la imaginación de la autora o si ésta se inspiró en algo que hubiese ocurrido en la ciudad. Lo que sé es que mientras leía su novela me adentré en un mundo misterioso y tétrico, y su relato fue tan vívido que ahora desconfiaré para siempre de lo que guardan las sombras y las piedras de mi ciudad, tan dadas, por cierto, a atraer los temporales.

Y doy paso a esta novela fantasmal que confieso que primero leí llevado por el placer del suspense y que luego releí como si fuese una oración misteriosa. Pues, como toda narración gótica, consigue intrigar y también perturbarnos, ya que la literatura en la que se cuele lo sobrenatural tiene mucho de metafísica. Los libros de misterio tienen algo que ver con el masoquismo, con la búsqueda de conocimiento oscuro a través de una cierta dosis de dolor. Aunque la narradora abre su novela con citas abundantes, quisiera que la piedra liminar a ese ámbito de sombras que aguarda ahí delante a quien lee fuesen unas palabras de María Zambrano en las que me ha parecido ver el espíritu con el que la escritora ha urdido su libro.

El verdadero éxito tiene que buscarse en el escribir sin sombra de temor —ni de esperanza— de que vaya a ser publicado. Y creo que se da en..., estaba a punto de decir —pero, ¿y por qué no?— los abismos del tiempo. Del tiempo, que habría que escribir con mayúscula, total; de la inmensidad del tiempo que, paradójicamente, nos prende y limita, del tiempo que no nos deja. [...] Nos sostiene, nos envuelve. Y ya que sostiene, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte, que siempre está, ella antes que la nada, ella y no la nada, ahí.

TRECE CAMPANADAS
(Luz oscura)

Abro un documento nuevo en mi ordenador para relatar todo lo que ella vio y vivió en aquellos días aterradores en los que su vida fue partida en dos.

Ella vivía entonces abatida por el fracaso. Se imaginaba, sin embargo, que estaba viva, se imaginaba que era una activa escritora moderna, con una profesión que tenía parte del viejo arte y parte de oficios nuevos: escribía cuentos y novelas, pero también traducía y hacía guiones para cine y televisión. Se complacía en imaginarse compaginando la serenidad y la destilación de la gran literatura con el impulso eléctrico y el hervir del vino nuevo de la narración audiovisual. Ella no era una de esas escritoras antiguas que escribiera tediosamente largas novelas en su casa rodeada de cortinas y tapetes, una hidalga Virginia Woolf; ah, no, no, ella era también dinámica, rápida, aguda. Así se veía entonces, una mujer de hoy con una vida plena en todos los sentidos.

Ser de este tiempo era el único propósito, la única patria que tenía, y seguía la actualidad con ansia, las tendencias sociales de la cultura, de las artes. El pasado únicamente vivía en su vida como cultura, historia y obras artísticas. Y el presente le llegaba filtrado y reducido a través de la prensa, de la televisión y de las películas.

Se veía viva y plena, pero su vida no tenía mucha más sustancia que el argumento de un anuncio de compresas para chicas jóvenes. Y probablemente era tan real como cualquier vídeo-clip, imágenes tóxicas que pasan, fluyen, sin peso y sin dejar huella en la memoria. Las torres de la catedral que divisaba desde su apartamento entre nubes y pedazos de cielo muy azul, con sus graves campanadas, monótonas y perpetuas, deberían haberle servido de aviso sobre la levedad de sus días.

Puede que, en el fondo, todo empezara cuando viendo *Ricas y famosas* de George Cukor se imaginara a sí misma como una de las protagonistas; en el origen de cada desilusión hay siempre una ilusión y cuántas ilusiones no nacen de un pequeño huevo puesto en nuestra imaginación por las películas, queridas películas. Dosis concentradas e instantáneas de sueño a las que una imperceptiblemente se va haciendo adicta.

Su apartamento proclamaba su fracaso, aunque para ella era imperceptible. El fino polvo de la desesperanza se había ido posando en sus libros, discos, vídeos y CDs, la gasa invisible de la derrota de su ánimo y de cualquier impulso vital que tuviera en otro tiempo; una braga sucia caída detrás de un radiador, ropa seca en un montón junto a la ventana esperando a que la desgana la metiese de cualquier manera en los cajones del armario, el sobre con el cuento que había presentado a un certamen y que no le habían premiado, caído al pie de una papelera. Sobre la soledad mejor no hablar, al menos por ahora. Su apartamento era su reino de invisible tristeza, impregnado de un difuso desorden, la asistenta pasaba por allí tres veces por semana para lavar la ropa y frenar el avance de ese signo de muerte que se acumulaba diariamente en forma de desidia. Sólo la peque-

ña alma de su gato paseaba por las estancias para que la vivienda conservase un aliento de vida.

Ella no era nómada, era tan sedentaria que no levantaba la vista del suelo para buscar un nuevo horizonte, sin embargo no era capaz de hacer del apartamento alquilado un lugar al que pudiese llamar «mi casa» y la confortase sólo con pensar en él. ¿Cómo hacían algunas mujeres de su misma edad para transformar cualquier espacio vacío en un sitio apropiado para vivir? ¿Por qué no había aprendido a ser más curiosa, por qué no había adquirido ella esas artes delicadas y tremendamente eficaces para tomar posesión de un lugar y hacerlo cálido, acogedor y amoroso? Probablemente porque le faltaban tantas pequeñas destrezas, femeninas o no, que les dan sentido a los lugares y a los días.

Ella sabía que había faltas en su vida, lugares vacíos que ni ella misma conocía ni podía llenar. Solamente era consciente de esas carencias.

Se sentía rara tan a menudo, y ella sólo quería ser «normal». A veces desconfiaba de no ser enteramente como las demás mujeres, como las demás personas. Como si le faltase algo, o como si, por el contrario, le sobrara algo, algo no común, no propiamente común a lo humano. En ocasiones, en días bajos, desesperaba de dar con alguien o algo de su misma sustancia, algo que le diera sentido, que justificase su existencia, su permanencia entre la gente. Como si ella no fuese una persona igual a las otras, como si fuese alguna clase de alienígena o de ángel caído, confundido y torpe.

Desde niña, el mismo hecho de ser zurda, de tener más destreza con la mano izquierda, le había reforzado esa conciencia de sí. La mano siniestra, la mano conocida pero desconocida. Era algo bastante corriente, pero

ya entonces le había hecho sentirse distinta. Recordaba que allá en la aldea los vecinos la consideraban diferente, la miraban con respeto. Ella ya no recordaba por qué, hacía tantos años de aquello. Después se había trasladado a la ciudad con la abuela y aquella infancia aldeana se le había ido borrando, recuerdos huidizos, impregnados en algo de vergüenza y confusión y arrinconados en el olvido.

Fuera lo que fuese, debería haber sabido que aquella desidia, aquella falta de disposición y capacidad para crear un hogar, un lugar propio en el que morar, un útero en el que refugiarse, delataba que flotaba a la deriva llevada por la corriente y su yo estaba gravemente enfermo, aquejado de una enfermedad imperceptible. Simplemente vivía sin esperanza y seguía caminando sostenida únicamente por el hábito, un hábito que no estaba al servicio de ilusión alguna y que la precedía como una sombra triste.

Seguramente ella transmitía esa tristeza a las personas con las que trataba y por eso cada nueva amistad que hacía seguía siempre los mismos pasos, se deslumbraban primero por su conversación, que ella sabía tan brillantemente culta, irónica e inteligente. Digo se deslumbraban y sería más preciso decir que los aplastaba con su conversación pedante, ingeniosa y con un toque intelectual deslizado con naturalidad. El siguiente paso era cuando la otra persona se retraía de un modo imperceptible hasta para sí misma ante ese algo triste que irradiaba, ella estaba acostumbrada a reconocer ese leve movimiento de retracción.

Precisamente lo que le sucedió con Xacobe fue tan distinto que su relación con él no pareció natural, no parecía ella la persona adecuada para encarnar ese per-

sonaje, como si para el argumento de un guión trágico un mal director escogiera los personajes de una comedia. En todo caso, aquellos acontecimientos extraordinarios y terribles vinieron en cierta medida a rescatarla de aquella vida suya vacía y desorientada. Y, aunque no lo había podido saber en el momento, cuando se vio sumida en aquellos incidentes fue como si ella ya estuviese entonces a la espera y preparada para aquello.

Cuando se cruzaron Xacobe y ella, él dirigía una productora de cine y televisión, se comentaba en la profesión que estaba a punto de trasladarse a Madrid y ascender a un cargo superior dentro de la empresa de comunicación en la que trabajaba. Ella lo había conocido antes, cuando escribía guiones para una serie de televisión que había producido su empresa, por entonces él era un empleado más y le había parecido un poco estúpido, el clásico listillo que no tiene talento y que sin embargo te trata con displicencia porque está en su mano decidir si te contrata o no. Ésa era la idea global que tenía de él. Cuando un par de años más tarde, siendo Xacobe ya director general, intentara hablar con él, la confirmó; el tipo entonces ya iba de jefe por la vida y no quería rebajarse a hablar con ella directamente, estaba muy ocupado, le mandaba entrevistarse con un subordinado.

Ella no sabría decir a qué fue debido, tal vez pasaban los años y empezaba ya a estar cansada de todo, tal vez se hartó de tener que humillarse ante un tipo más joven y que incluso llevaba en la empresa menos tiempo que ella, con menos conocimiento de lo que era una película o una serie de televisión, o de qué era la ficción, un mamón como tantos que lo único que sabía era ser sumiso, beneficiarse de la complicidad masculina en la empresa, lamer culos y esperar la oportunidad de as-